

Tensión cromática y cita/intertexto

**Piel,
Tiempo
y Color**

**Ejercicio Creativo No 7
Por Feder Parra**



Título: Desnudo azul IV (en francés: Nu bleu IV)

Autor: Henri Matisse (francés, 1869-1954)

Año: 1952

Técnica: Gouache sobre papel, recortado y pegado (papel maché) sobre cartón.

Dimensiones: 103 x 74 cm aprox

Localización actual: Museo Matisse, Niza (Francia).

Un diálogo visual íntimo y profundo. Partiendo de la síntesis cromática y formal de Henri Matisse en sus icónicos desnudos azules (1952), este ejercicio fotográfico contemporáneo que reinterpretamos el cuerpo masculino en su tránsito hacia la madurez.

En la obra de Matisse (ejemplo de referencia), el azul ultramar es una depuración máxima. Es el color de la síntesis, de un cuerpo que se fragmenta para volverse símbolo y geometría pura sobre un fondo de quietud.

En este ejercicio, el azul reaparece, no como la figura misma, sino como el sostén simbólico. Aquí, el azul representa la profundidad de la experiencia acumulada; no es la frialdad de la ausencia, sino el manto de la historia que precede y rodea al individuo. Psicológicamente, este azul es el refugio de la serenidad alcanzada, el espacio donde la biografía del cuerpo puede ser leída sin interrupciones.

Donde Matisse sintetizaba la forma, esta fotografía celebra la tactilidad de la presencia. El cuerpo del hombre se ofrece en una desnudez honesta y monumental. Frente al cuerpo joven y elástico, esta figura nos habla de la arquitectura del tiempo, Cada marca es un relieve de la experiencia.

Contrastando con la serenidad del azul, el acento amarillo es un fulgor de vida. Si en la madurez el azul es el mar de la memoria, el amarillo es el sol de la pasión que no se apaga. Es un guiño a la fuerza vital que, aunque depurada por los años, sigue latiendo en el centro del ser. Psicológicamente, este contraste reafirma que la madurez no es una extinción, sino una redefinición de la energía: más contenida, más focalizada, más consciente.

Este ejercicio fotográfico no es un lamento por la juventud perdida, sino una celebración de la presencia conquistada. Es la constatación de que un cuerpo en madurez no pierde su belleza, sino que la transforma en dignidad, en historia tangible y en una presencia inquebrantable. Estamos ante la madurez como una obra de arte viva, esculpida por el tiempo y sostenida por el color de su propia verdad.









CAE I

